

minotauro

# URSULA K. LE GUIN

PODERES

ANALES DE LA COSTA OCCIDENTAL 3



# URSULA K. LE GUIN

PODERES

minotauro

Título original: *Powers*

© 2007 by Ursula K. Le Guin

© de la traducción, Alexander López Lobo, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2007  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

ISBN: 978-84-450-1220-8  
Depósito legal: B. 1.946-2022  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

No hables de ello —me dice Sallo.

—¿Y si sucede, como aquella vez que vi la nieve?

—Por eso no hay que hablar de ello.

Mi hermana me rodea con el brazo y nos mecemos de un lado a otro, de izquierda a derecha, sentados en el banco de la clase. El calor, el abrazo y el vaivén relajan mi mente, y me balanceo contra Sallo, golpeándola un poco. Sin embargo, no puedo olvidarme de lo que he visto ni de la horrible agitación que me ha provocado, y no tardo en exclamar:

—¡Pero debería decírselo! ¡Era una invasión! ¡Podrían advertir a los soldados de que estuviesen preparados!

—Y ellos preguntarían: «¿Cuándo?».

Eso me deja perplejo.

—Pues dentro de poco.

—¿Y si no ocurre durante mucho tiempo? Se enfadarían contigo por haber dado una falsa alarma. Además, si un ejército invadiese la ciudad, querrían saber cómo lo has sabido.

—¡Les diría que lo he recordado!

—No —dice Sallo—. Nunca les digas nada sobre recordar de la forma en que tú lo haces. Dirían que

tienes un poder, y no les gusta que la gente tenga poderes.

—¡Pero no lo tengo! ¡Solo a veces recuerdo cosas que van a suceder!

—Lo sé. Gavir, escúchame atentamente, no debes hablar de ello con nadie. Solo conmigo.

Cuando Sallo dice mi nombre en voz baja, cuando me dice «escúchame atentamente», la escucho con mucha atención. Aunque discuta.

—¿Ni siquiera con Tib?

—Ni siquiera con Tib.

Su cara redonda y bronceada y sus ojos oscuros están tranquilos y serios.

—¿Por qué?

—Porque solo tú y yo somos del pantano.

—¡También lo era Gammy!

—Precisamente fue Gammy la que me dijo lo que yo te estoy diciendo ahora, que los del pantano tienen poderes y los de la ciudad tienen miedo de ellos. Así pues, no hablemos nunca de nada que nosotros podamos hacer y ellos no. Sería peligroso. Muy peligroso. Prométemelo, Gav.

Ella levanta la mano con la palma hacia arriba, y yo pongo encima mi mano sucia para pronunciar mi juramento.

—Lo prometo —digo.

Y a la vez, ella dice:

—Lo oigo.

Con la otra mano, ella agarra el pequeño Ennu-Mé que lleva colgado del cuello con una cuerda.

Me besa en la coronilla y luego me empuja tan fuerte que casi me caigo del banco. Pero no me río; estoy tan colmado de lo que he recordado, y eso era tan horrible y espantoso que quiero hablar de ello, decírselo

a todo el mundo, exclamar: «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Vienen soldados, enemigos, con una bandera verde, y van a incendiar la ciudad!». Sentado, balanceo las piernas, sombrío y afligido.

—Háblame de ello otra vez —dice Sallo—. Todos los detalles que no me has contado.

Eso es lo que necesito, y vuelvo a contarle mi recuerdo de los soldados avanzando por la calle.

A veces, lo que recuerdo hace que me sienta como si tuviera un secreto, algo que me pertenece, un regalo que puedo quedarme, sacar y contemplar cuando estoy solo, como la pluma de águila que me dio Yavendí. Mi primer recuerdo, ese lugar con los juncos y el agua, también me hizo sentir así. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a Sallo. No hay nada que contar; solo el agua azul plateada y los juncos ondeando al viento, la luz del sol y una colina azul a lo lejos. Últimamente tengo un nuevo recuerdo: un hombre en una sala de techo alto y en penumbra que se da la vuelta y dice mi nombre. No se lo he contado a nadie. No necesito hacerlo.

Sin embargo, hay otro tipo de recuerdo, o visión, o lo que sea, como aquella vez que recordaba haber visto al Padre volviendo a casa desde Pagadi sobre su caballo, que andaba cojo. Solo que eso no sucedió hasta el verano siguiente, cuando regresó de la forma en que lo había recordado, montado en su caballo cojo. En una ocasión, recordé que todas las calles de la ciudad se habían vuelto blancas. Los techos eran blancos y el cielo estaba lleno de pequeños pájaros blancos que revoloteaban y volaban en picado. Era tan asombroso que quería contárselo a todo el mundo, y así lo hice. La mayoría no me escuchó. Yo solo tenía cuatro o cinco años. Aquel invierno nevó. Todo el mundo salió afuera para ver caer la nieve, algo que en Etra solo ocurre

quizá una vez cada cien años, por lo que los niños ni siquiera sabíamos cómo se llamaba. Gammy me preguntó:

—¿Esto es lo que tú viste? ¿Era así?

Yo le dije a ella y a todos que eso era exactamente lo que había visto, y ella, Tib y Sallo me creyeron. Entonces debió de haber sido cuando Gammy le dijo a Sallo lo que Sallo acaba de decirme, que no hablase de esa forma de cosas que recordase. En aquel entonces, Gammy estaba vieja y enferma, y murió la primavera después de la nevada.

Desde entonces solo he tenido los recuerdos secretos. Hasta esta mañana.

A primera hora de la mañana estaba solo, barriendo la sala del exterior de la guardería, y entonces empecé a recordar. Al principio solo recordaba que miraba hacia abajo y veía una calle de una ciudad. Del tejado de una casa se elevaba un fuego y se oían gritos. Los gritos eran cada vez más altos, y reconocí la calle Larga, que cruza en dirección norte desde la plaza que se encuentra detrás del santuario de los Ancestros. En el otro extremo de la calle se elevaban nubes de humo enormes y grasientas, en cuyo interior se divisaban llamas rojas. La gente pasaba corriendo ante mí y atravesaba la plaza. La mayoría de esos hombres y mujeres corrían gritando hacia la plaza del Senado, pero los guardias de la ciudad corrían en la otra dirección con sus espadas desenvainadas. Entonces vi soldados en el otro extremo de la calle Larga bajo un estandarte verde. Portaban largas lanzas, y los que iban a caballo llevaban espadas. Los guardias se enfrentaron a los soldados y se oyeron gritos desgarrados, repiques y choques de objetos metálicos. El tropel de hombres, un nudo retorcido de armaduras, yelmos, brazos desnudos y es-

padas, se estrechaba cada vez más. Un caballo se separó del grupo y galopó por la calle hacia mí, sin jinete y empapado de sudor teñido de rojo; del lugar donde debía de haber tenido el ojo manaba sangre. El caballo relinchaba. Yo me aparté de él, y de pronto estaba en la sala con una escoba en la mano, recordándolo. Aún estaba aterrorizado. Era tan vívido que no podía olvidarlo. Seguí viéndolo de nuevo, y cada vez veía más. Tenía que contárselo a alguien.

Así que, cuando Sallo y yo fuimos a preparar el aula y estuvimos solos, se lo dije. Ahora se lo he vuelto a contar de nuevo, y eso me ha hecho recordar otra vez, solo que he podido verlo y contarle mejor. Sallo me ha escuchado atentamente y ha sentido escalofríos cuando he descrito el caballo.

—¿Cómo eran los yelmos que llevaban?

He contemplado el recuerdo de los hombres que luchaban en la calle.

—Negros, en su mayoría. Uno de ellos tenía un penacho negro, como la cola de un caballo.

—¿Crees que eran de Osc?

—No tenían esos largos escudos de madera como los de los prisioneros oscanos que había en el desfile. Sus armaduras eran de metal, de bronce o de hierro, y hacían ese ruido metálico cuando luchaban contra los guardias con sus espadas. Creo que eran de Morva.

—¿Quién venía de Morva, Gav? —dijo una voz agradable detrás de nosotros, y los dos saltamos como marionetas tiradas por hilos. Era Yaven. Absortos en mi historia, ninguno de los dos lo había oído llegar, y no teníamos idea de cuánto tiempo nos había estado escuchando. Hicimos una rápida reverencia y Sallo dijo:

—Gav me estaba contando ahora una de sus historias, Yavendí.



—Parece buena —dijo Yaven—, aunque las tropas de Morva marcharían bajo un estandarte blanco y negro.

—¿Quién va de verde? —pregunté.

—Casicar.

Se sentó en el banco de delante y estiró sus largas piernas. Yaven Altanter Arca tenía diecisiete años, y era el hijo mayor del Padre de nuestra casa. Estaba preparándose para ser oficial del ejército de Etra, y casi siempre estaba fuera de servicio, aunque cuando estaba en casa venía a las clases igual que antes. Nos gustaba mucho tenerle allí porque, como era mayor, nos hacía sentir mayores. Además, siempre estaba de buen humor y sabía cómo convencer a Everra, nuestro maestro, para que nos leyese cuentos y poemas en lugar de estudiar gramática y hacer ejercicios de lógica.

Las niñas empezaron a llegar, y Torm, sudando, llegó corriendo con Tib y Hoby desde la cancha de pelota. Finalmente entró Everra, alto y solemne con su toga gris. Todos saludamos al maestro y nos sentamos en los bancos. Éramos once, cuatro niños de la familia y siete de la casa.

Yaven y Torm eran los hijos de la familia Arca. Astano era la hija, y Sotur era su prima.

En cuanto a los esclavos de la casa, Tib y Hoby tenían doce y trece años, respectivamente, yo tenía once, y Ris y mi hermana Sallo tenían trece. Oco y su hermano pequeño Miv eran mucho menores, y estaban aprendiendo las letras del alfabeto.

Todas las niñas serían educadas hasta que se hiciesen mayores y fuesen entregadas. Al llegar la primavera, después de que hubiesen aprendido a leer y a recitar fragmentos de poemas épicos, Tib y Hoby serían licenciados definitivamente de la escuela. Estaban impacientes por salir y aprender a trabajar. Yo estaba sien-

do educado para ser maestro, así que mi trabajo siempre estaría allí, en la larga aula de altas ventanas. Cuando Yaven y Torm tuviesen hijos, yo les enseñaría a ellos y a los hijos de sus esclavos.

Yaven invocó a los espíritus de sus ancestros para bendecir nuestro trabajo de ese día, Everra nos reprendió a Sallo y a mí por no haber puesto los libros de texto en su sitio, y nos pusimos a trabajar. Casi inmediatamente, Everra tuvo que llamar la atención a Tib y a Hoby por pelearse. Pusieron las palmas de las manos hacia arriba y él les dio un golpe en cada una con su regla. En Arcamand apenas se pegaba, y no se infligían torturas como de las que se oía hablar en otras casas. A Sallo y a mí nunca nos habían pegado; la vergüenza de ser reprendidos era suficiente para que nos portásemos bien. Hoby y Tib no tenían vergüenza, y al parecer tampoco miedo de ser castigados, aunque sí unas manos duras como el cuero. Hacían muecas de dolor mientras se aguantaban la sonrisa cuando Everra los golpeaba, y lo cierto es que él lo hacía sin convicción. Como ellos, Everra no veía el momento de que se marchasen de su aula. Le pidió a Astano que les escuchase mientras recitaban su fragmento diario de historia de los *Hechos de la ciudad de Etra*, mientras Oco ayudaba a su hermano menor a escribir su alfabeto y el resto de nosotros seguíamos leyendo las *Moralidades* de Trudec.

En Arcamand solía hablarse con frecuencia de las antiguas costumbres y la tradición con absoluta aprobación. No creo que ninguno de nosotros tuviese la más mínima idea de por qué teníamos que memorizar al pesado y antiguo Trudec, y ni siquiera se nos había ocurrido preguntarlo. Así era como la casa de Arca había educado siempre a su gente. La educación significaba aprender para leer a los moralistas, los poemas

épicos y los poetas a los que Everta llamaba los clásicos, además de estudiar la historia de Etra y de las ciudades estado, un poco de geometría y rudimentos de ingeniería, de matemáticas, de música y de dibujo. Así había sido siempre, y así seguía siendo.

Hoby y Tib nunca habían ido más allá de las *Fábulas* de Nemeç, y Torm y Ris dependían en gran medida del resto de nosotros para comprender a Trudec. Sin embargo, Everta era un maestro excelente y nos había dado a conocer a Yaven, a Sotur, a Sallo y a mí las historias y los poemas épicos, que nos gustaban a todos, especialmente a Yaven y a mí. Cuando finalmente terminamos de discutir la importancia del autocontrol tal como se ejemplificaba en la cuadragésima primera parábola, cerré de golpe el libro de Trudec y alargué la mano para coger el ejemplar de *El asedio de Oshir* que compartía con Sallo. Habíamos empezado a leerlo el mes anterior, pero yo ya me sabía de memoria todos los versos que había leído.

Nuestro maestro me vio. Sus cejas, largas y de color gris oscuro, se levantaron.

—Gavir —dijo—, por favor, escucha a Tib y a Hoby recitar, para que Astanoío pueda leer con nosotros.

Yo sabía por qué lo hacía Everta. No era por mezquindad, sino por moralidad. Me estaba enseñando a hacer lo que no quería hacer y a no hacer lo que sí quería, porque esa era una lección que tenía que aprender. La cuadragésimo primera.

Le di el libro a Sallo y fui al banco de al lado. Astano me dio el libro de los *Hechos de la ciudad* y me sonrió dulcemente. Tenía quince años y era alta y delgada, de piel tan blanca que sus hermanos la llamaban la «Ald», como a la gente de los desiertos, de la que se dice que tiene la piel blanca y el pelo como las ovejas, aunque «ald» tam-

bién significa estúpido. Astano no era estúpida pero era tímida, y quizá había aprendido muy bien la cuadragésimo primera moralidad. Era callada, correcta, modesta e independiente; la perfecta hija de un senador. Había que conocer muy bien a Astano para saber lo afectuosa que era y las ideas inesperadas que podía tener.

Es duro para un chico de once años jugar a ser el maestro de chicos más mayores que están acostumbrados a darle órdenes y a pegarle, y que normalmente le llaman «Gamba», «Rata de pantano» o «Piquito». Además, Hoby odia que le dé órdenes. Hoby nació el mismo día que Torm, el hijo de la familia. Todo el mundo lo sabía, pero nadie decía que era el hermanastro de Torm y de Yaven. Su madre había sido una esclava, y él también lo era. No recibía ningún tratamiento especial, pero se molestaba si algún esclavo lo recibía. Siempre había estado celoso de mi posición en la clase. Me miraba fijamente, frunciendo el ceño, mientras yo estaba sentado en el banco entre él y Tib.

Astano había cerrado el libro, así que les pregunté:

—¿Por dónde ibais?

—He estado todo el rato aquí sentado, Piquito —dijo Hoby, y Tib soltó una risilla.

Se me hacía difícil soportar que Tib, que era mi amigo, cuando estaba con Hoby fuese amigo de Hoby y no mío.

—Sigue recitando por donde te quedaste —le dije a Hoby, intentando sonar tranquilo y firme.

—No me acuerdo de por dónde iba.

—Entonces empieza de nuevo por donde has empezado hoy.

—No me acuerdo de por dónde he empezado.

Sentí la sangre agolpándose en mi cara y zumbando en mis oídos. Imprudentemente, le pregunté:

—¿De qué te acuerdas?

—No me acuerdo de qué me acuerdo.

—Entonces empieza por el principio del libro.

—No lo recuerdo —dijo Hoby, entusiasmado por el éxito de su estratagema.

Eso me dio ventaja.

—¿No recuerdas absolutamente nada del libro?

—le pregunté, alzando un poco la voz, y Everra dirigió la mirada hacia nosotros.

—Muy bien —dije—. Tib, recita la primera página para Hoby.

No se atrevía a hacerlo bajo la mirada de nuestro maestro, y empezó a farfullar el «Origen de los hechos», que hacía meses que ambos se sabían de memoria. Le hice detenerse al final de la página y le dije a Hoby que lo repitiese. Eso le molestó mucho. Había ganado yo, y sabía que tendría que pagar por ello más tarde. Sin embargo, masculló las frases.

—Ahora sigue por donde lo habías dejado con Astanoío —le dije, y él obedeció y salmodió monótonamente el «Hecho del reclutamiento».

—Tib —dije—, parafraséalo.

Eso es lo que siempre nos pedía Everra que hiciéramos para demostrar que habíamos entendido lo memorizado.

—Tib —dijo Hoby con un débil chillido—, padafdaséalo.

Tib soltó una risita tonta.

—Venga —le ordené.

—Venga, padafdaséalo —chilló débilmente Hoby.

Tib no pudo evitar soltar una risita.

Everra estaba hablando de un fragmento del poema épico. Mientras daba su charla, los ojos le brillaban y el resto de alumnos escuchaban atentamente. Yaven,

por el contrario, sentado en el segundo banco, nos miraba. Tenía los ojos clavados en Hoby y el ceño fruncido. Hoby se acobardó, bajó la mirada hacia el suelo y dio un golpe en el tobillo de Tib, que dejó de sonreír inmediatamente. Después de agitarse y titubear, dijo:

—Eh... dice, eh... significa que... eh... si la ciudad está amenazada, eh... por un ataque, eh... el Senado... ¿qué?

—Se reunirá —dije.

—Se reunirá y debilitará...

—Debatirá.

—Debatirá el reclutamiento de hombres libres y aptos físicamente. ¿«Deliberar» es lo contrario de «liberar»?

Ese era uno de los motivos por los que quería a Tib: él oía palabras, hacía preguntas y tenía una mente extraña y rápida. Sin embargo, nadie más lo valoraba, así que él tampoco lo hacía.

—No, significa debatir algo.

—Si lo padafdenseas —musitó Hoby.

Todos farfullamos y nos atascamos durante el resto de la recitación. Después, cuando ya estaba guardando los *Hechos* con gran alivio por mi parte, Hoby se acercó desde su banco, me miró fijamente y dijo entre dientes:

—Enchufado.

Ya estaba acostumbrado a que me llamasen enchufado del maestro. Era inevitable, porque era cierto. Sin embargo, el profesor no era un maestro; era un esclavo como nosotros. Esta vez era diferente. Significaba pelota, chivato, traidor, y Hoby lo había dicho con auténtico odio.

Estaba celoso y avergonzado por la intervención de Yaven poniéndose de mi parte. Todos admirábamos a Yaven y buscábamos su aprobación. Hoby parecía tan

brusco e indiferente que me costaba entender cómo podía amar a Yaven tanto como yo, aunque con mucha menos habilidad para agradarle, lo cual era razón de más para sentirse humillado cuando Yaven se ponía de mi parte y en su contra. Yo solo sabía que lo que me había llamado era despreciable e injusto, y grité:

—¡No lo soy!

—¿No eres qué, Gavir? —dijo Everra fríamente.

—Lo que ha dicho Hoby... no importa... Lo siento, maestro. Siento haber interrumpido. Pido perdón a todos.

Un frío asentimiento de cabeza.

—Entonces siéntate y cállate —dijo Everra.

Yo fui a sentarme de nuevo con mi hermana. Durante un rato no podía leer las líneas del libro que Sallo sostenía frente a nosotros. Mis oídos seguían zumbando y veía borroso. Lo que Hoby me había llamado era horrible. Nunca sería un enchufado. Yo no era un chivato y nunca sería como Rif, una criada que espiaba a las otras y cotilleaba, pensando que así caía en gracia. Sin embargo, la Madre de Arca le dijo «no me gustan los chivatos», e hizo que la vendiesen en el mercado. Rif era la única esclava adulta que nuestra casa había vendido en toda mi vida. Había confianza por ambas partes. Tenía que haberla.

Cuando terminó la clase de la mañana, Everra castigó a los que habían perturbado la clase: Tib y Hoby tendrían que aprender una página adicional de los *Hechos* y nosotros tres debíamos escribir la cuadragésima lección de las *Moralidades* de Trudec. Yo tenía que copiar treinta versos del poema épico de Garro *El asedio y la rendición de Sentas* en el cuaderno de copias en limpio y memorizarlas para el día siguiente.

No sé si Everra se dio cuenta de que, para mí, la mayoría de sus castigos eran recompensas. Quizá lo sa-

bía. Sin embargo, en aquel entonces yo consideraba inconscientemente a mi maestro tan anciano y tan sabio que no se me ocurrió que pudiese pensar en mí en absoluto o le pudiese importar lo que yo sintiese. Y puesto que él llamaba castigo a copiar poesía, yo intentaba creer que así era. De hecho, apretaba los dientes contra la lengua mientras escribía los versos. Mi letra era desmañada e irregular. El cuaderno de copias en limpio se utilizaría en futuras clases, igual que nosotros usábamos los libros que anteriores generaciones de estudiantes habían copiado en esta aula cuando nosotros éramos niños. Astano había copiado el último fragmento en este libro. Bajo su letra pequeña y elegante, casi tan clara como los libros impresos de Mesun, mis versos eran garabatos desordenados que se extendían lastimosamente. Mi auténtico castigo era ver lo enmarañados que eran. En cuanto a memorizarlos, ya lo había hecho. Mi memoria es excepcionalmente exacta y excelente. Cuando era niño y adolescente podía recordar una página de un libro, una habitación que hubiese visto o una cara, aunque apenas las hubiese mirado con atención, y verlas como si estuviesen delante de mí. Así pues, quizá confundiese mis recuerdos con lo que yo llamaba «recordar», lo cual no era memoria, sino otra cosa.

Tib y Hoby se fueron corriendo afuera, dejando sus tareas para más tarde, y yo me quedé en el aula y terminé las mías. Luego fui a ayudar a Sallo a barrer las salas y los patios, que era nuestra tarea perpetua. Después de barrer los patios de las habitaciones de seda, fuimos a la despensa para que nos diesen un trozo de pan y de queso, y hubiésemos seguido barriendo si Torm no hubiese enviado a Tib para decirme que fuese a hacer de soldado.



Barrer los patios y los pasillos de esa casa enorme no era poco trabajo. Debía estar siempre limpia, y Sallo y yo empleábamos gran parte del día en que así fuese. No me gustaba dejar a Sallo con el trabajo que aún había por hacer, sobre todo porque ya había hecho mucho mientras yo cumplía mi castigo, pero no podía desobedecer a Torm.

—Oh, vete —dijo ella, arrastrando perezosamente su escoba por la sombra de los arcos del atrio central—, solo falta esto.

Así pues, corrí alegremente hacia el parque de sicomoros junto a las murallas de la ciudad, algunas calles hacia el sur de Arcamand, donde Torm ya estaba entrenando a Tib y a Hoby. Me encantaba que fuésemos soldados.

Yaven era alto y ágil como su hermana Astano y como la Madre, pero Torm se parecía al Padre y era fornido y musculoso. Sin embargo, algo fallaba con Torm, algo estaba torcido. No cojeaba, pero caminaba con una especie de inclinación extraña. Los dos lados de su cara no parecían cuadrar, y por ello parecía ladeado. Además, tenía arrebatos de ira impredecibles, a veces auténticos arranques, durante los que gritaba y golpeaba violentamente o se rasgaba sus propias ropas y se arañaba el cuerpo. Estaba entrando en la adolescencia y parecía estar madurando. Su furor se había calmado y se estaba convirtiendo en un excelente atleta. Todos sus pensamientos estaban puestos en el ejército, en ser un soldado y en ir a luchar con las legiones de Etra. Sin embargo, el ejército aún no lo aceptaba, ni siquiera por un período de dos años como cadete, así que nos obligó a Hoby, a Tib y a mí a entrar en su ejército. Llevaba meses entrenándonos.

Guardábamos nuestras espadas de madera y escudos en un escondite secreto bajo uno de los enormes y

antiguos sicomoros del parque, junto a las espinilleras y los cascos de tiras de cuero que Sallo y yo habíamos hecho bajo la dirección de Torm. Su casco tenía una pluma de pelos rojizos de crin de caballo que Sallo había recogido en los establos y cosido, lo que le confería un aspecto magnífico. Siempre entrenábamos en un largo callejón cubierto de hierba en plena arboleda, junto a la muralla. Era un lugar retirado. Cuando me acercaba corriendo entre los árboles, vi a los tres marchando por el callejón. Cogí mi gorra, mi escudo y mi espada y, resoplando, me caí al suelo. Estuvimos entrenando durante un rato, cambiando de dirección y deteniéndonos a las órdenes de Torm. Después tuvimos que cuadrarnos mientras nuestro comandante de vista de lince recorría su regimiento arriba y abajo, reprendiendo a uno de sus hombres por llevar su casco torcido, a otro por no formar erguido, por mudar su expresión o por mover los ojos.

—Qué tropa más torpe —gruñó—. Malditos civiles. ¿Cómo va a poder derrotar Etra a los votusanos con chusma como esta?

Nosotros, impertérritos, seguíamos con la mirada al frente, resueltos en nuestros corazones a derrotar a los votusanos como fuese.

—Muy bien —dijo finalmente Torm—. Tib, tú y Gav seréis los votusanos, y yo y Hoby seremos Etra. Vosotros emplazaros en las defensas y nosotros haremos un ataque de caballería.

—Siempre les toca a ellos ser los etranos —me dijo Tib mientras corríamos para situarnos en las defensas, una zanja de desagüe vieja y medio cubierta de vegetación que desembocaba en el exterior desde la muralla cercana—. ¿Por qué no podemos ser nosotros los etranos alguna vez?

Era una pregunta retórica; no había respuesta. Nos metimos en la zanja y nos preparamos para afrontar el violento ataque de la caballería de Etra.

Por alguna razón, tardaron un poco en llegar, y Tib y yo tuvimos tiempo de conseguir una buena provisión de proyectiles: pequeños terrones duros y secos de un lado de la zanja. Cuando por fin oímos los relinchos y los resoplidos de los caballos, nos pusimos de pie y arrojamos furiosamente nuestros proyectiles. La mayoría no llegaron o fallaron, pero un terrón consiguió alcanzar a Hoby en plena frente. No sé si lo había tirado Tib o yo. El golpe detuvo a Hoby durante unos instantes y lo aturdió; su cabeza se balanceaba sorprendentemente de atrás adelante y se quedó mirando fijamente. Torm, en pleno ataque, gritaba: «¡A por ellos! ¡Por los ancestros! ¡Etra! ¡Etra!». Y bajó de un salto a la zanja. Se acordó de relinchar mientras saltaba. Por supuesto, Tib y yo nos tiramos hacia atrás antes del furioso ataque, lo que dio tiempo a Torm para mirar a su alrededor en busca de Hoby.

Hoby se acercaba a toda velocidad. Su cara estaba negra de tierra y de rabia. Saltó a la zanja y corrió directamente hacia mí con su espada de madera levantada para asestarme con ella. Con la espalda apoyada en unos arbustos de la zanja, no podía ir a ningún sitio; solo podía levantar mi escudo y arremeter con mi espada lo mejor posible para parar su golpe.

Las hojas de madera se deslizaron una contra otra, y la mía, desviada por el fuerte impacto, le golpeó en la cara. Su espada cayó a plomo sobre mi mano y mi muñeca. Yo solté mi espada y aullé de dolor.

—¡Eh! —gritó Torm—. ¡No se vale golpear!

Nos había dado reglas muy estrictas sobre cómo usar nuestras armas. Debíamos luchar como si bailásemos con

nuestras espadas; podíamos empujar y esquivar, pero no golpear al adversario. Torm se interpuso entre nosotros. Al principio dirigió su atención hacia mí, puesto que yo lloraba y alargaba la mano, que me dolía intensamente, y después se volvió hacia Hoby. Hoby seguía teniendo las manos en la cara, y manaba sangre entre sus dedos.

—¿Qué te pasa? Déjame ver —dijo Torm.

—No puedo ver, estoy ciego —contestó Hoby.

No había agua cerca de la fuente del Arca. Nuestro comandante mantuvo la calma, y nos ordenó a Tib y a mí que escondiésemos las armas en el lugar habitual y lo siguiésemos inmediatamente, mientras él llevaba a Hoby a casa. Los alcanzamos en la fuente de la plaza frente a Arcamand. Torm estaba lavando la tierra y la sangre de la cara de Hoby.

—No te dio en el ojo —dijo—. Estoy seguro de que no. No del todo.

No se podía estar seguro. La tosca punta de mi espada de madera, que Hoby había levantado hacia arriba, le había hecho un corte desigual en el ojo o encima de este, del que aún manaba sangre. Torm hizo una bola con una tira rasgada de su túnica e hizo que Hoby se la apretase contra la herida.

—Está bien —le dijo a Hoby—. Estará bien. ¡Una herida honorable, soldado!

Hoby, al darse cuenta de que al menos podía ver por su ojo izquierdo gracias a que la sangre y la tierra ya no le cegaban, dejó de llorar.

Permanecí en posición de firmes cerca de allí, muerto de miedo. Cuando vi que Hoby podía ver, fue un gran alivio, y dije:

—Lo siento, Hoby.

Él volvió la cabeza hacia mí y me miró con el ojo que no estaba cubierto con la bola de tela.

—Tú, pequeño chivato —dijo—, ¡tú tiraste esa roca y luego fuiste a por mi cara!

—¡No era una roca! ¡Solo era tierra! Y no tenía intención de darte... con la espada, me refiero... Se levantó cuando tú golpeaste...

—¿Tiraste una roca? —me interrogó Torm.

Tib y yo lo negábamos y le dijimos que solo habíamos lanzado terrones, cuando de pronto la cara de Torm cambió y también él se cuadró.

Su padre, nuestro Padre, el Padre de Arcamand, Altan Serpesco Arca, nos había visto junto a la fuente cuando caminaba hacia casa desde el Senado. En ese momento estaba a uno o dos metros de nosotros cuatro, y nos miraba fijamente. Detrás de él estaba su guardaespaldas Metter.

El Padre era un hombre de anchas espaldas y fuertes brazos y manos. Sus facciones (frente y mejillas redondeadas, nariz respingona y ojos entornados) estaban llenas de energía y de ímpetu. Le hicimos una reverencia y nos quedamos quietos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Está herido el muchacho?

—Estábamos jugando, Padre —dijo Torm—. Se ha hecho un corte.

—¿Se ha lastimado el ojo?

—No, señor. No creo, señor.

—Enviadlo a Remen inmediatamente. ¿Qué es eso?

Tib y yo habíamos tirado nuestros cascos en el escondite de las armas, pero tanto el casco con penacho de Torm como el menos adornado de Hoby seguían en sus cabezas.

—Es una gorra, señor.

—Es un casco. ¿Habéis estado jugando a soldados? ¿Con estos chicos?

Nos volvió a echar una ojeada a los tres. Torm seguía callado.

—Tú —me dijo el Padre, suponiendo que yo era el más joven, débil e impresionado de los tres—, ¿estabas jugando a soldados? Yo miré aterrorizado a Torm para saber qué hacer, pero él siguió callado e impertérrito.

—Entrenando, Altan-dí —musité.

—Más bien parece que hayáis estado luchando. Enseñame esa mano. —No habló amenazadora o airadamente, sino con perfecta y fría autoridad.

Yo alargué la mano, que ahora estaba hinchada y de color rojo y morado en la base del pulgar y en la muñeca.

—¿Con qué armas?

Volví a mirar a Torm con una súplica agónica. ¿Debía mentir al Padre?

Torm miraba al frente. Yo tenía que responder.

—De madera, Altan-dí.

—¿Espadas de madera? ¿Qué más?

—Escudos, Altan-dí.

—Está mintiendo —dijo Torm de pronto—, ni siquiera se entrena con nosotros, es solo un chiquillo. Éstábamos intentando trepar a unos árboles de la arboleda de sicomoros, Hoby se cayó y una rama le hizo un corte profundo.

Altan Arca se quedó callado durante un instante. Yo sentía la extraña mezcla de esperanza desenfadada y absoluto temor que me recorría por dentro, siguiendo el camino de la mentira de Torm.

El Padre habló lentamente.

—Pero ¿estábais entrenando?

—A veces —dijo Torm, e hizo una pausa—, a veces les entreno.

—¿Con armas?

Torm volvió a quedarse callado. El silencio se prolongó hasta el límite de lo soportable.

—Vosotros —nos dijo el Padre a Tib y a mí—, llevad las armas al patio trasero. Torm, lleva a este muchacho a Remen y procura que lo cuiden. Después ven al patio de atrás.

Todos nos inclinamos en una reverencia y nos fuimos tan rápido como pudimos. Tib estaba llorando y parloteaba asustado, pero yo estaba en un estado extraño y enfermizo, como si tuviese fiebre, y nada parecía demasiado real. Me sentía bastante tranquilo, pero no era capaz de hablar. Fuimos al escondite, sacamos las espadas de madera y los escudos, los cascos y las espini-lleras, y las llevamos de vuelta al patio trasero de Arcamand. Allí hicimos una pequeña pila con todo ello y nos quedamos esperando.

El Padre salió, después de haberse puesto ropa de calle, y se acercó caminando hacia nosotros. Podía sentir a Tib encogiéndose de terror. Yo hice una reverencia y me quedé quieto. No tenía miedo del Padre, no tanto como de Hoby. Me sentía intimidado por él. Confiaba en él. Él era absolutamente poderoso y justo. Haría lo correcto, y si teníamos que sufrir, sufriríamos.

Torm salió, caminando como una versión más baja de su padre. Se detuvo junto al pequeño montón de armas de madera y saludó al Padre, manteniendo la barbilla levantada.

—Torm, sabes que es un crimen darle un arma a un esclavo. Torm farfulló:

—Sí, señor.

—Sabes que no hay esclavos en el ejército de Etra. Los soldados son hombres libres. Tratar a un esclavo como a un soldado es una ofensa, una falta de respeto al ejército y a los ancestros. Ya lo sabes.

—Sí, señor.

—Eres culpable de ese crimen, esa ofensa, esa falta de respeto. Torm se quedó quieto, aunque su cara temblaba horriblemente.

—Entonces, ¿deben ser castigados los esclavos por ello o tú?

En ese momento los ojos de Torm se abrieron como platos. Esa posibilidad no se le había ocurrido. Siguió sin decir nada. Hubo una larga pausa.

—¿Quién mandaba? —dijo el Padre finalmente.

—Yo, señor.

—¿Entonces?

Otra larga pausa.

—Yo debería ser castigado.

Altan Arca asintió ligeramente.

—¿Y ellos? —preguntó.

Torm se debatió consigo mismo y finalmente susurró:

—Ellos hacían lo que yo les había ordenado, señor.

—¿Deberían ser castigados por seguir tus órdenes?

—No, señor.

De nuevo un asentimiento de cabeza. Miró a Tib y a mí como si estuviésemos a mucha distancia.

—Quemad esa basura —nos dijo—. Tened en cuenta esto, chicos: obedecer una orden criminal es un crimen. Solo quedáis libres porque vuestro maestro carga con la responsabilidad. Tú eres el chico del pantano. ¿Gav, no? ¿Y tú?

—Tib, señor. Cocina, señor —susurró Tib.

—Quemad eso y volved al trabajo. Ven —le dijo a Torm, y los dos marcharon juntos bajo los largos soportales. Parecían soldados en un desfile.

Nosotros fuimos a la cocina a por fuego, llevamos un palo ardiendo de la chimenea y prendimos fuego laboriosamente a las espadas de madera y los escudos, pero al



poner encima las gorras de cuero y las espinilleras, estas sofocaron las llamas. Raspamos las piezas de madera medio quemadas y el cuero apestoso, lo que nos causó no pocas quemaduras en las manos, y enterramos el revoltijo con la basura de la cocina. Por entonces ambos estábamos lloriqueando. Ser soldados había sido duro, espantoso, glorioso; nos sentíamos orgullosos de haber sido soldados. A mí me encantaba mi espada de madera. Solía ir a solas al escondrijo para sacarla y cantarle, pulir su tosca hoja llena de astillas con una piedra y encerarla con grasa que había guardado de mi comida. Sin embargo, todo era mentira. Nunca habíamos sido soldados, solo esclavos. Esclavos y cobardes. Yo había traicionado a nuestro comandante. Me asqueaban mi fracaso y mi deshonra.

Llegábamos tarde a las clases de la tarde. Atravesamos la casa corriendo a toda velocidad hacia las aulas y entramos, resoplando. El maestro nos miró con indignación.

—Id a lavaros —fue todo lo que dijo.

No habíamos visto nuestras manos y ropas sucias. Entonces vi la cara de Tib manchada de hollín y de mocos, y supe que la mía estaría igual.

—Ve con ellos y haz que se limpien, Sallo —añadió Everra.

Creo que la envió con nosotros por magnanimidad, al ver que ambos estábamos muy apenados.

Había visto a Torm en su sitio habitual en el banco de clase, pero Hoby no estaba.

—¿Qué ha pasado? —nos preguntó Sallo mientras íbamos a lavarnos.

Y en el mismo momento yo pregunté:

—¿Qué ha dicho Torm?

—Ha dicho que el Padre os ordenó quemar algunos juguetes, así que igual llegabais tarde a clase.

Torm nos había encubierto, había puesto una excusa por nosotros. Fue un gran alivio, y tan inmerecido después de mi traición hacia él que podía haber llorado de gratitud.

—Pero ¿qué juguetes? ¿Qué estabais haciendo?

Yo negué con la cabeza, y Tib dijo:

—Haciendo de soldados para Torm-dí.

—¡Cállate, Tib! —le espeté, aunque demasiado tarde.

—¿Por qué debería callarme?

—Es buscarse problemas.

—No fue culpa nuestra. El Padre lo dijo. Dijo que era culpa de Torm-dí.

—No lo era. ¡No hables de ello! ¡Le estás traicionando!

—Bueno, él mintió —dijo Tib—. Dijo que estábamos trepando a los árboles.

—¡Intentaba librarnos del problema!

—O librarse él —dijo Tib.

Ya habíamos llegado a la fuente del patio, y Sallo casi empujó nuestras cabezas bajo el agua y nos restregó hasta limpiarnos. Le llevó un rato. El agua escocía, y sentí frío en las quemaduras y en mi mano hinchada y dolorida. Entre frotar y aclarar, Sallo nos sacó la historia. Apenas dijo nada, excepto a Tib:

—Gav tiene razón. No hables de ello. Mientras volvíamos al aula, yo pregunté:

—¿Hoby va a quedarse ciego de ese ojo?

—Torm-dí dijo que estaba herido —dijo Sallo.

—Hoby está muy enfadado conmigo —dije yo.

—¿Y qué? —espetó Sallo—. Tú no querías herirle, y él no quería herirte a ti. Si lo vuelve a intentar se buscará un verdadero problema.

Sallo había dicho la verdad. Aunque era dulce y despreocupada, se enardecía y luchaba por mí como

una gata por sus gatitos. Todos lo sabían, y a ella nunca le había gustado Hoby.

Antes de entrar en el aula, me rodeó con el brazo durante un momento, apoyándose en mí y empujándose. Yo me apoyé en ella y la empujé, y todo volvió a estar bien. Casi.